



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12604

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraor-
d.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor 24

MARTES 10 DE NOVIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31

EQUIPOS PARA NOVIAS RUIZ DE VELASCO MONTERA, 7, MADRID

Casa especial en toda clase de ropa blanca. Modelos de la más
alta novedad en camisas de día y de noche *avant de lit* y enaguas de
vestir.

Especialidad en juegos de cama y mantelerías con incrustacio-
nes, bordados y encajes.

Cuadros de muselina de la India, confeccionadas, con cifras, en-
tredones y calados, estilo modernísimo.

Todas las ropas se cosen y bordan á mano.

PRECIOS FIJOS

—SE ENVIAN CATALOGOS—

Hasta otra

De éstas ya hemos salido.

Quedará el rescoldo durante al-
gunos días y se avivará un poco
el jueves con motivo del escru-
tinio general; pero lo que es el in-
cendio se ha apagado y no hay
quien lo reanime.

La campaña—por lo que respec-
ta al conjunto—ha sido de prime-
ra. Jamás, ni en aquellos días del
sesenta y ocho, en que el entusias-
mo político no era una ficción, se
ha conocido una época en que tan-
to se hayan movido los políticos
ni se haya hecho mayor derroche
de elocuencia.

Los mítins se han celebrado á
miles; los discursos han sido innu-
merables; los viajes de propagan-
da se han repetido hasta la sa cie-
dad. Si de todo eso se hubiesen-

llevado notas estadísticas las ci-
fras finales causarían asombro.

Ya todo ha concluido. Para los
oradores ha llegado el instante del
desahogo, ¡ya era tiempo! Los pro-
pagandistas han hecho una parada
en firme, ansiosos de descansar
también. Las urnas han vuelto al
fondo de las cajas y éstas al depó-
sito, en espera de una nueva ocu-
sion que las lleve otra vez á los co-
legios para seguir tragando pape-
letas.

Pasadas dos semanas ya habrán
lomado posesión los nuevos conce-
jales. Nadie se acordará de la jor-
nada del 8 de Noviembre, ni aun
los candidatos que sirvieron de
bandera en la lucha; por que es co-
sa probada muchas veces, que el
deseo de ser concejal sufre tremen-
das amortiguaciones á partir de la
primera sesión municipal en que
se toma posesion del cargo. Casos
se registran, pocos, es verdad, en
que los favorecidos por los votos

de sus convecinos no han tomado
posesion de la concejalia.

Hemos dicho que no se acorda-
rá nadie de esa fecha y no es cier-
to. Para la familia de ese pobre al-
calde de la provincia de Toledo
asesinado de dos tiros, por cues-
tiones electorales, será el 8 de No-
viembre una fecha triste, una fe-
cha maldita.

Si, fecha triste será para los déu-
dos de los que pagaron con la vida
el logro de sus aspiraciones, si es
que las lograron y eran propias,
que suelen muchas veces ser vícti-
mas popricitarias en esos comba-
tes los más infelices, los que obran
á impulsos de agena voluntad.

Sensible es que en esas campa-
ñas del derecho, que debían verifi-
carse en paz, se vierta sangre, re-
sultando un contingente para el
cementerio y otro para el presidio,
sin contar otras víctimas que me-
recen toda la compasion, por que
son ajenas á las luchas de los hom-
bres: las viudas de los muertos,
las mujeres de los futuros presidia-
rios y los hijos de los unos y los
otros, víctimas inocentes de pasio-
nes que no les interesan.

Las elecciones han pasado ya de
jando tras sí ancha huella de san-
gre. Los vencedores celebran su
triunfo. Las víctimas... ¿quién se
acuerda de ellas?

TIJERETAZOS

En esto de las elecciones y de las precau-
ciones del gobierno para evitar...
en la vía pública hay lujo de detalles.

En Madrid, según un telegrama publica-
do en la prensa provincial, ha sido deteni-
do un hombre porque se negó á disolverse.
Creemos que hizo bien, por dos razones.
La primera porque un hombre no es un
azucarillo.

La segunda, porque si disolverse signifi-

ca separarse en el argot gubernamenta-
ción como un individuo, por muy respo-
sable que sea con la autoridad, tirar los
brazos por un lado y las piernas por otro.
¡Ni que un hombre fuese lo mismo que
un polichinela!

Dice «El Nacional»:

«El término de las informaciones reali-
zadas en el Congreso acerca de la enseñan-
za, ha resultado halagador y simpático pa-
ra cuantos se interesan en el urgente reme-
dio que España necesita aplicar al proble-
ma de la instrucción.»

Más simpático será que esas informacio-
nes encaren en la realidad, de modo que
lo toquen los maestros.

Leemos:

«En Washington se ha recibido una pro-
testa del gobierno de Colombia contra la
protección de los Estados Unidos á los re-
presentantes de Panamá, previéndose la
inminente retirada del ministro colombiano
en Washington.»

—¿Y qué?—dirán los yanquis.

A ellos les tiene cuenta esa protección y
el que se enfada que no juegue.

AMOROSA

Poesía premiada con la flor natural en
los juegos florales de Zaragoza

En mi casita blanca de Andalucía,
prisionera en espeso bosque de azahares,
cuando alegra la vega la luz del día,
y en la plácida y dulce melancolía
que entro tilos, laurelos, y tomillares
en las noches serenas el alma siente...

¡si vieras vida mía, luz de mis ojos,
allí que es verdad todo, que nada miente,
cómo se inunda el pecho de amor ardiente,
amor que cuando embriaga no da sonrojos!

Tibios como el perfume de gayas flores;
puro como los áuroras del bosque umbrío;
alegre, como canto de ruiseñores,
son en el dulce nido de mis amores,
los amantes antojos del pecho mío.

¡Su caprichosidad derrama naturaleza
sin mentidos halagos de falso anhelo,
y al contemplar absorta tanta grandeza,

comparando la suya con tu belleza,
es vislumbrar un cielo, junto á otro cielo!
Aves, plantas, celajes, brisas y flores;
cristalinas corrientes, luz, armonía
y halitos perfumados y arrobadores,
de consuno derraman castos amores,
bajo un cielo radiante de poesía.

Allí lejos del mundo, del fingimiento,
tiene el amor ¡mi vida! rico palacio
de inmensas maravillas raro portento;
trono te da de estrellas el firmamento;
polícromas cambiantes le da el espacio.

Cuando dulces marmura la fronda umbría;
cuando al rizar la aurora trinan las aves;
cuando el sol festonea la serranía;
cuando la noche apaga la luz del día,
y las hojas modulan cadencias suaves.

Cuando el arroyo riza ciutas de plata
cabe el angosto cáncro que le encadena,
y la angostada luna su faz retrata
en las líneas del lago, cuando dilata
su virginal corola, casta azucena.

Cuando ráuda aletea la mariposa,
libando el néctar de las sencillas flores;
cuando natura toda dicha rebosa,
el pensamiento embriagan sueños de rosa,
y en el alma se infiltran brisas de amores.

Tan ideal encanto ¡dulce bien mío!
tan peregrino idilio de poesía;
aves, flores, celajes, y bosque umbrío,
yo anhelo que contemples á tu albedrío,
en mi casita blanca de Andalucía!

Templo será donde al amor daremos,
ferviente culto, en apacible calma:
si vivir es soñar, ven que soñemos,
hasta tanto que unidos despertemos,
en la eterna mansión edén del alma.

Hombre y mujer por el amor divino
vieron del mundo el insosdable arcano;
desde entonces va unido su destino,
y embollecen y alumbran su camino,
los resplandores del amor humano.

Y no hay un hecho heroico, ni proeza,
triunfo, revés, humillación ó gloria,
delirante placer y honda tristeza,
que no lleven el sello de grandeza
del amor, en su ilustre ejecutoria.

Husión es por Dios divinizada
que siempre vence, y que arrogante arro-
(tr



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.ª



344 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

DOS MISERIAS

345

348 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—Lanzóse hácia el lecho con los brazos levantados
y Rosalia se cubrió el rostro con ambas manos.

—Confiesa lo que sabes.—le dijo Adrian separando
sus manos violentamente.—¿Qué has visto?

—He visto que cambiabais de traje.—balbuceó trém-
bula Rosalia,—que examinabais un envoltorio donde
había ropas y alhajas ..

—¿Y que más?

—Nada más he visto.

—Pero ¿has adivinado lo demás.

—Rosalia bajó la cabeza y guardó silencio.

—¡Pues bien, no importa! Al fin teníamos que aca-
bar por ahí,—dijo Adrian.—Ya sabes de lo que vivo;
ahora falta asegurarme de tu silencio.

Rosalía quiso protestar de su discreción.

—¡Vanias promesas! No me fio de palabras; necesi-
to otras seguridades. Por fortuna mis precauciones
están tomadas de ante mano.

Rosalía le miró.

—Si, princesa,—exclamó el Abadejo tranquilamen-
te;—si me denunciás te declaro cómplice y te alcan-
zará la misma pena que á nosotros.

—¿Que decís? ¿Sería una infamia, una mentira!

—Que los jueces tomáran por verdad. Los hechos
están todos contra tí.

—¿Contra mí?

—¡Par diez! ¿quien ha aprovechado la mejor parte
de nuestro botín? ¿quién ha lucido las galas que yo he
escamoteado? ¿quién fué á llevar la semana pasada
mi reloj á Monte Piedad? Ya ves paloma, que me he
prevenido con tiempo y que al denunciar me te denun-
cias tú misma.

Rosalía quedó aterrada. Veíase, sin querer, aso-
ciado á los crímenes de Adrian, y responsable de ellos
ante la ley. Este se apercibió de la impresión que sus
palabras habían producido en la joven.

—Queda, pues, sentad que participaremos la mis-
ma suerte, y como hoy el negocio ha sido bueno, em-
piezo por exigir que tú me por tu parte esa cadena y
te la pongas.

Rosalía quiso resistir, pero él se la echó al cuello,
y dijo:

—¡A mí no me vengas con tonterías! Quiero te la
pongas, ¿lo entiendes? Y no me obligues á decirlo mu-
chas veces. Estoy mal de los nervios esta noche.

Al decir esto le echó al cuello la cadena y Rosalia
se dejó caer sobre la almohada; estremeciéndose al
frio contacto de los eslabones de oro, como si los sintie-
ra en efecto húmedos de sangre.

salía que te acompañase á una partida de campo con
unos amigos.

Santiago Fourreau estaba en el número de ellos; y
saludó á Rosalia como á una antigua amiga, pero sin
hablarla del pasado. Se discutió algun tiempo respec-
to al sitio que se elegiría y se decidió el paso hácia
San Germán. El día entero se pasó recorriendo la sel-
va y sin otro incidente que una larga ausencia de
Adrian á quien Santiago se llevó para hacerle ver unos
palacios de buena apariscion que por allí había.

Al volver de esta escursión, propusieron volver á
Paris por Bougival, donde dejarían á Rosalia en el
restaurant con uno de ellos y los demás irían á prac-
ticar nuevos reconocimientos.

Así sucedió, y cuando volvieron, el día empezaba
á caer y encontraron á su compañero acentado á la mesa
con uno de esos hombres, pero á quien la fortuna
da, á falta de las maneras, la audacia y la desver-
guenza. Había obligado á Rosalia á sentarse á su la-
do, y en el momento de entrar el Abadejo, ensayaba
tomarse alguna libertad que ella rechazaba.

—Poco á poco, señor mío,—dijo Adrian deteniéndose
en el dintel de la puerta.

—¡Hola! parece que este es el amo,—dijo el desco-
necido riendo.

—Lo soy.